

Stanisław Lem  
**EDÉN**

línea C



**INTERZONA**

Te invitamos a leer  
las primeras páginas de este libro,  
y las de todo nuestro catálogo.

Pero si te gusta leer en papel,  
acá podés conseguir tu ejemplar.

**COMPRAR LIBRO**

Stanisław Lem

# EDÉN



Traducción del polaco de Bárbara Gill Żmichowska

**INTERZONA**

**INTERZONA**

**línea C**

---

Lem, Stanislaw

Edén / Stanislaw Lem. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :

Interzona Editora, 2024.

312 p. ; 21 x 13 cm. - (Línea C)

Traducción de: Bárbara Gill.

ISBN 978-987-790-102-3

1. Narrativa. 2. Ciencia Ficción. 3. Narrativa Polaca. I. Gill, Bárbara, trad. II. Título.

CDD 891.853

---

*Eden* fue publicado por primera vez en Polonia en 1958.

© Tomasz Lem, 2016

[www.lem.pl](http://www.lem.pl)

© interZona editora, 2024

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

[www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com)

[info@interzonaeditora.com](mailto:info@interzonaeditora.com)

Título original: *Eden*

Coordinación editorial y armado: Fernando Ozón

Traducción: Bárbara Gill

Corrección: Mónica Campos

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Vectores de tapa: Shutterstock

ISBN 978-987-790-102-3



©POLAND

Esta publicación ha sido subsidiada por Instytut Książki

© POLAND programa de traducciones.

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

## I

En los cálculos había un error. No pasaron por encima de la atmósfera, sino que chocaron contra ella. La nave se clavaba en el aire con un trueno, que hacía sangrar los oídos. Aplastados sobre las cuchetas, sentían los golpes de los amortiguadores, las pantallas delanteras se cubrieron de fuego, y se apagaron, la almohada de gases incandescentes que embestía la proa había hundido las cámaras exteriores, la frenada era insuficiente y se había iniciado con retraso. La sala de control se llenó de hedor a goma caliente; se encontraban prensados por la desaceleración, ciegos y sordos, era el fin, pero nadie pudo pensar siquiera eso, no les alcanzaron las fuerzas para elevar la caja torácica, inspirar, seguían haciéndolo por ellos los propulsores de oxígeno, que trabajaban hasta el final: insuflándoles aire como en unos globos a punto de reventar.

De repente el trueno calló. Se encendieron las luces de emergencia, seis de cada lado, los hombres se retorcían, sobre el tablero de la propulsión destellaba la roja señal de alarma, estaba quebrado y plegado como un acordeón, pedazos de aislación, trocitos de plexiglás se movían sobre el piso susurrando, no tronaba, un silbido sordo, creciente, se imponía sobre todo lo demás.

–¿Pero qué...? –ronquéo el Doctor, escupiendo la boquilla de goma.

–¡Acostado! –lo amonestó el Coordinador, que miraba la última pantalla sana.

El cohete hizo una cabriola, como si lo hubiera golpeado un ariete, las redes de nailon que los envolvían sonaron como cuerdas

musicales, por un momento todo estuvo en suspenso, como en la cima de una hamaca colgada al revés, después retumbó.

Los músculos, tensos, esperando el último golpe, se relajaron. El cohete, detenido en medio de la columna vertical del fuego de popa, descendía lentamente, las toberas bramaban tranquilizando, eso duró unos minutos, después por las paredes pasó una lluvia. La vibración fue aumentando, los cojinetes de las turbinas se habrían desajustado, se miraron. Nadie dijo nada. Sabían que todo dependía de que los rotores no se trabaran, que aguantaran.

De pronto toda la sala de control se estremeció, como si desde el exterior la martillara con loca velocidad una maza de acero. En un santiamén la gruesa lente convexa de la última pantalla se cubrió con una densa telaraña de rajaduras, su superficie fosforescente ennegreció –se había apagado–, al lechoso resplandor de las luces de emergencia, que los iluminaba desde abajo, vieron sus sombras crecidas sobre las paredes inclinadas, el retumbo pasó a un mugido continuo, debajo de ellos había algo que frotaba, se rompía, se desgajaba con un chirrido metálico; el casco, sacudido por monstruosos zarandeos, volaba, volaba, enceguedo, muerto; se encogieron, contuvieron el aliento, oscuridad total, caos, de pronto sus cuerpos se dispararon a todo lo que podían dar sus sogas de nailon, no llegaron hasta los tableros destrozados, que los habrían abierto en canal, quedaron suspendidos en diagonal, balanceándose lentamente como péndulos inertes...

El cohete se desplomó como una montaña derrumbada, ese ruido era lejano y sordo, los pedazos de suelo arrancados, golpeando débilmente, se deslizaron por el exterior del blindaje.

No hubo más movimiento. Debajo de ellos siseaban unos conductos, algo burbujeaba aterradoramente, rápido, cada vez más rápido, el sonido de agua escapando mezclado con un siseo estridente, repetido, como si un líquido goteara sobre una chapa al rojo vivo.

–Estamos vivos –dijo el Químico. Lo dijo en una oscuridad total. No veía nada. Colgaba en su funda de nailon como en una bolsa enganchada con unas sogas por los cuatro costados. Eso quería decir que el cohete estaba caído de costado. De haber estado vertical, el forro habría estado horizontal. Algo chasqueó. Una pálida llamita de bencina, el viejo encendedor del Doctor.

–¿Tripulación? –preguntó el Coordinador. Una de las sogas de su bolsa se había roto, viraba lentamente, inerte, y trataba infructuosamente de sujetarse a algo sobresaliente de la pared, extendiendo el brazo a través de uno de los ojos de la red de nailon.

–Primero –dijo el Ingeniero.

–Segundo –se oyó al Físico.

–Tercero –la voz del Químico.

–Cuarto –dijo el Cibernético. Se tomaba la frente.

–Quinto –terminó el Doctor.

–Todos. Felicitaciones –la voz del Coordinador era calmada–.

¿Autómatas?

Le respondió el silencio.

–¡¡Autómatas!!

Silencio. El encendedor comenzó a quemarle los dedos al Doctor. Lo apagó. De nuevo oscuridad total.

–Siempre dije que estamos hechos de mejor material –dijo el Doctor a oscuras.

–¿Alguno tiene un cuchillo?

–Yo tengo. ¿Corto las sogas?

–Si podés salir sin cortarlas, mejor. Yo no puedo.

–Lo intento.

Se oyó que alguien se debatía, una respiración agitada, algo golpeó, algún vidrio crujió.

–Estoy abajo. Es decir, sobre la pared –dijo el Químico. Su voz llegaba desde el fondo de la oscuridad–. Doctor, ilumíname un momento y los ayudo.

–Pero apurate. Se está acabando la bencina.

El encendedor volvió a brillar. El Químico se ajetreaba junto al capullo del Coordinador, podía alcanzar solo sus piernas. Al fin pudo abrir parcialmente el cierre relámpago lateral y el Coordinador cayó pesadamente sobre sus dos pies. Entre los dos trabajaron más rápido. En un rato todos estaban parados sobre la pared inclinada de la sala de control tapizada con una masa semielástica.

–¿Con qué empezamos? –preguntó el Doctor. Apretó los bordes de la herida sobre la frente del Cibernético y le puso un apósito. Lo tenía en el bolsillo. Siempre llevaba cosas inútiles.

–Comprobando si se puede salir –respondió el Coordinador–. Primero necesitamos tener luz. ¿Y? ¿Ya está? Doctor, ilumíname por acá, a lo mejor hay electricidad en las terminales del tablero, por lo menos en el distribuidor del sistema de alarma.

Esta vez el encendedor solo hizo chispa. El Doctor frotaba la piedra, hasta pelarse la piel del dedo, destellando cerquita de los restos de la placa destrozada, en la cual estaban revolviendo, de rodillas, el Coordinador y el Ingeniero.

–¿Hay? –preguntó el Químico, parado detrás, porque ya no había lugar para él.

–Por ahora, nada. ¿Alguien tiene fósforos?

–La última vez que vi fósforos fue hace tres años. En un museo –dijo el Ingeniero; no se entendió mucho, porque trataba de arrancar con los dientes la aislación de un cable. De pronto una pequeña chispa celeste iluminó el cuenco formado por las manos del Coordinador.

–Ya está –dijo–. Ahora consigan una bombita.

Encontraron una sana en la señal de alarma sobre el tablero lateral. Una fuerte flamita eléctrica iluminó la sala de control, como una parte de un caño de paredes cónicas. Alto, encima de ellos, en aquello que ahora era el techo, se veía una puerta cerrada.

–Más de siete metros –dijo con melancolía el Químico.

–¿Cómo llegamos hasta ahí?

–Una vez, en un circo, vi una columna humana: cinco personas, una sobre otra –comentó el Doctor.

–Demasiado difícil para nosotros. Vamos a llegar por el piso –replicó el Coordinador. Tomó el cuchillo del Químico y comenzó a hacer anchos cortes en el esponjoso revestimiento del piso.

–¿Escalones?

–Sí.

–¿Por qué no se lo oye al Cibernético? –de pronto se sorprendió el Ingeniero. Sentado sobre los restos del destrozado tablero de distribución, acercaba el voltímetro a los cables expuestos hacia afuera.

–Quedó viudo –contestó el Doctor sonriendo–. ¿Qué es un Cibernético sin autómatas?

–Ya les voy a dar cuerda –lanzó el Cibernético. Estaba escudriñando las profundidades de las pantallas rotas. La flamita eléctrica de a poco iba poniéndose amarilla; era cada vez más oscura y pálida.

–¿Los acumuladores también? –gruñó el Físico.

El Ingeniero se incorporó.

–Así parece.

Después de quince minutos la expedición de seis personas emprendió el camino hacia la profundidad, o más bien hacia lo alto de la nave. Primero llegaron al corredor, y de allí a los diferentes recintos. En la cabina del Doctor encontraron una linterna. Al Doctor le gustaba tener un montón de objetos inútiles para la vida cotidiana. Se la llevaron. Por doquier vieron destrucción. Los muebles, asegurados al piso, no estaban rotos, pero los utensilios, herramientas, vehículos auxiliares, provisiones se habían transformado en un guiso inverosímil, que atravesaban metidos hasta más allá de las rodillas.

–Y ahora vamos a tratar de salir –anunció el Coordinador, cuando hubieron regresado al corredor.

–¿Y las escafandras?

–Están en la cámara de presurización. No les habrá pasado nada. Pero no necesitamos las escafandras. Edén tiene una atmósfera soportable.

–¿Pero acá estuvo alguien, alguna vez?

–Sí, hace diez u once años una sonda cósmica de la patrulla de búsquedas, fue cuando desapareció Altair, con su nave. ¿Se acuerdan?

–¿Pero ningún humano?

–No, nadie.

La tapa interna de la escotilla se encontraba en diagonal encima de sus cabezas. La primera impresión, rara, se debió a que recorrían los bien conocidos recintos en una configuración completamente nueva –las paredes habían pasado a ser pisos, y los techos, paredes–, pero esa impresión se desvanecía lentamente.

–Acá, de verdad, no queda otra que una escalera humana –sentenció el Coordinador. Con la linterna del Doctor iluminó bien la tapa. La mancha de luz la recorrió. La tapa estaba adherida herméticamente.

–Parece que está bastante bien –dijo el Cibernético. Miraba hacia arriba.

–Eso parece –acordó el Ingeniero. Pensó que la monstruosa fuerza que había aplastado las vigas principales, de tal modo que el tablero principal de distribución empotrado entre ellas había saltado hacia afuera, también habría podido trabar la escotilla, pero no dijo nada. El Coordinador miró al Cibernético y estuvo a punto de decirle que se inclinara y apoyara contra la pared, cuando recordó los fierros retorcidos que habían visto en el sector de los autómatas, y le pidió al Químico:

–Parate con las piernas abiertas, las manos sobre las rodillas, así vas a estar mejor.

–Mi sueño era actuar en un circo. ¡Siempre! –le aseguró el Químico y se inclinó. El Coordinador le puso un pie sobre el hombro, trepó, se elevó, y apoyándose en la pared, con la punta de los dedos llegó a una viga de níquel, engrosada en el extremo como una maza.

Tironeó, volvió a tirar, por fin se suspendió de ella. Entonces se rindió con un crujido, como si el mecanismo del cierre estuviera lleno de vidrio molido. Hizo un cuarto de vuelta y se detuvo.

–¿Estás tirando para donde hay que girar? –preguntó el Doctor, que con la linterna iluminaba desde abajo–. El cohete está acostado.

–Lo tuve en cuenta.

–¿No podés hacerlo con más fuerza?

El Coordinador no contestó. Estaba colgado junto a la pared, aferrado a la palanca con una sola mano. De a poco trató de sumar la otra mano. Era muy difícil, pero finalmente lo logró. Colgando como en un trapecio, encogió las piernas, para no patear al Químico agachado debajo de él, y tironeó varias veces, elevándose con los brazos y bajando con todo el peso del cuerpo, hasta que gimió; con el envión se había golpeado el torso contra la pared.

Al tercer o cuarto intento la palanca cedió un poco. Todavía faltaban unos cinco centímetros para el final de su recorrido. El Coordinador juntó fuerzas y una vez más se lanzó hacia abajo. La palanca, con un chirrido infernal, golpeó el trinquete. La tranca interior se había corrido.

–Pan comido –se alegró el Físico.

El Ingeniero no dijo nada. Sabía lo suyo. Se dedicaron a abrir la escotilla, que era una tarea más difícil. El Ingeniero trató de moverla, apretando el mango del dispositivo hidráulico, pero de antemano sabía que sería inútil. En varios lugares habían reventado los caños y se había filtrado todo el líquido. La manivela manual resplandeció sobre ellos con su ruedita, como una aureola, cuando el Doctor dirigió la linterna hacia arriba. Para sus posibilidades gimnásticas, estaba demasiado alta –a más de cuatro metros–.

Comenzaron a traer cosas de todos los recintos y amontonar aparatos rotos, almohadas, libros –la biblioteca resultó muy útil, y de ella los atlas estelares, muy grandes y gruesos–.

Iban construyendo una pirámide de libros, usándolos de ladrillos. En algún momento una parte se derrumbó, y a partir

de allí comenzaron a trabajar sistemáticamente, bajo las órdenes del Ingeniero.

–Nada que hacer, ¡el trabajo físico es horrible! –jadeaba el Doctor.

La linterna estaba encajada en una grieta del aparato de aire acondicionado y les iluminaba el camino, cuando corrían a la biblioteca y volvían cargados de libros.

–Nunca me imaginé que en los viajes siderales pudiera haber condiciones tan primitivas –resoplaba el Doctor. Era el único que todavía hablaba. Al final, el Coordinador, sostenido por sus compañeros, trepó con cuidado sobre la pirámide y tocó la manivela con los dedos.

–No alcanza –dijo–. Me faltan cinco centímetros. No puedo saltar porque se me desarma todo.

–Justo tengo la *Teoría de los vuelos veloces* –dijo el Doctor, sopeando en la mano el grueso volumen–. Creo que ni a medida.

El Coordinador se agarró a la manivela. Le iluminaban con la linterna. Su sombra bailoteaba sobre la blanca superficie del plástico que revestía aquello que ahora era el techo. De pronto, la pila de libros se movió.

–Cuidado –siseó el Físico.

–No tengo dónde apoyarme –logró decir el Coordinador a través de su garganta apretada–. Agarren, che, ¡carajo! –gruñó.

La manivela se le escapó de las manos, por un momento se balanceó en la cima, al final recuperó el equilibrio. Ya nadie miraba hacia arriba –con los brazos entrelazados, empujaban por todos los costados la oscilante construcción de libros, para que no se abriera–.

–No empieces a putear, si empezamos, no la acabamos más –advirtió desde abajo el Doctor. El Coordinador volvió a tomar la manivela. De pronto se oyó un chirrido prolongado, tras el cual sobrevino un rumor sordo, el de los volúmenes deslizándose. El

Coordinador colgaba arriba de ellos, en el aire, pero la manivela a la cual se había aferrado dio una vuelta completa.

–Eso, once veces más –dijo, aterrizando sobre el derrumbe literario.

Después de dos horas la tapa fue vencida. Cuando comenzó a abrirse, se oyó un grito coral de triunfo.

Al abrirse quedó colgando a la mitad de la altura del corredor y creó algo como un puente horizontal, por el cual se podía entrar a la esclusa sin mayores dificultades.

Encontraron las escafandras en perfecto estado dentro del armario empotrado. El armario estaba horizontal. Pisaban sus puertas.

–¿Salimos todos o qué? –preguntó el Químico.

–Primero vamos a tratar de abrir la escotilla...

Estaba hermética, como fundida con el casco. Las palancas no se dejaban mover, hombro a hombro los seis empujaron, después trataron de mover las roscas, por lo tanto, se tiraron hacia un lado, luego al opuesto –ni se estremecieron–.

–Resulta que llegar es una pavada, a veces lo más difícil es desembarcar –concluyó el Doctor.

–Felicitaciones por el humorcete –gruñó entre dientes el Ingeniero. El sudor le tapaba los ojos. Se sentaron sobre las puertas del armario empotrado.

–Tengo hambre –confesó el Cibernético en medio del silencio general.

–Entonces habrá que comer algo –afirmó el Físico. Y se ofreció a ir al depósito.

–Más bien a la cocina. A lo mejor en la cámara frigorífica...

–Solo no voy a poder. Hay que revolver entre media tonelada de porquerías hasta llegar a las provisiones. ¿Voluntarios?

El Doctor fue el primero, el Químico se incorporó con cierto reparo. Cuando sus cabezas desaparecieron tras el borde de la tapa

abierta, y el último rayo de la linterna –que se llevaron– se apagó, el Coordinador dijo con voz ahogada:

–Preferí no decirlo. ¿Ustedes más o menos se dan cuenta de la situación?

–Sí –dijo el Ingeniero hacia las tinieblas que tenía delante de sí. Extendió el brazo, tocó el pie del Coordinador y no retrajo los dedos. Necesitaba ese tacto.

–¿Te parece que no vamos a poder cortar la tapa?

–¿Con qué? –preguntó el Ingeniero.

–Con un soplete eléctrico o a gas. Tenemos una autógena y...

–¿Conocés una autógena que haya cortado veinticinco centímetros de cerámico? ¡Vamos, che!

Quedaron en silencio. Desde lo profundo de la nave, como desde unos subsuelos metálicos, les llegaba un estrépito asordinado.

–¿Entonces qué? ¡¿Qué?! –dijo nervioso el Cibernético. Oían el crujido de sus articulaciones. Se levantó.

–Sentate –amable, pero categórico, dijo el Coordinador.

–¿Ustedes creen que... la tapa se fundió con el blindaje?

–No necesariamente –replicó el Ingeniero–. ¿Vos sabés qué pasó en realidad?

–Con exactitud, no. Entramos a velocidad cósmica a la atmósfera, ahí donde no debía haberla. ¿Por qué? El autómata no pudo haberse equivocado.

–El autómata no se equivocó. Nos equivocamos nosotros –dijo el Coordinador–. Nos olvidamos de corregir lo de la cola.

–¿Qué cola? ¿Qué estás diciendo?

–La cola de gases que arrastra cada planeta que tiene atmósfera, en el sentido contrario a su movimiento. ¿No lo sabías?

–Ah, sí, sí. ¿Caímos en esa cola? Pero debe ser superrenrarcida.

–Diez a la menos seis –replicó el Coordinador–, o algo por ahí, pero estábamos a más de setenta kilómetros por segundo, querido. Nos frenó como un paredón; ese fue el primer sacudón, ¿se acuerdan?

–Sí –retomó el Ingeniero–, pero cuando entramos a la estratosfera, todavía teníamos diez o doce. Debió haberse hecho pelota; es raro que aguantara.

–¿El cohete?

–Está calculado para veinte veces de sobrecarga, y antes de que se rompiera la pantalla, con estos ojos vi que la manecilla saltó fuera de la escala. La escala tiene una reserva de hasta treinta.

–¿Y nosotros?

–¿Nosotros qué?

–¿Cómo pudimos aguantar? ¿Vos querés decir que la desaceleración mantuvo 30 g?

–No los mantuvo. En los picos, seguro. Porque los frenos lo dieron todo. Por eso llegamos a la pulsación.

–Pero los autómatas equilibraron, y si no fuera por los compresores... –dijo el Cibernético, con un matiz de terquedad en la voz. Se interrumpió; en el interior de la nave algo rodó ruidosamente, como unas ruedas de hierro sobre chapas. Se silenció.

–¿Qué querés de los compresores? –dijo el Ingeniero–. Cuando vayamos a la sala de máquinas te voy a mostrar que hicieron cinco veces más de lo que podían. Acordate de que solo son unos agregados auxiliares. Primero se les aflojaron los cojinetes, y cuando llegó la pulsación...

–¿Creés que fue resonancia?

–La resonancia hizo lo suyo. En realidad debimos haber quedado chatitos en el espacio de un par de kilómetros, como ese carguero de Neptuno, ¿no? Te vas a convencer cuando veas la sala de máquinas. Te puedo decir de una qué hay ahí.

–No tengo ningún apuro en verlo. ¡Carajo!, ¿por qué tardan tanto en volver? Está tan oscuro que ya me duelen los ojos.

–Ya vamos a tener luz, no te preocupes –dijo el Ingeniero.

Seguía teniendo las puntas de los dedos apoyadas –como sin querer– sobre el pie del Coordinador, quien no se movía, ni decía nada.

–Y a la sala de máquinas vamos a ir porque sí, de aburridos. ¿Qué otra cosa tenemos para hacer?

–En serio, ¿vos pensás que no vamos a poder salir?

–No, era broma. Me gusta esa clase de bromas.

–Terminala –se oyó al Coordinador–. En primer lugar, hay una escotilla de emergencia.

–¡Hombre! La escotilla de emergencia está justo debajo de nosotros. La nave debe haberse incrustado con todo, no estoy seguro, a lo mejor esta tapa también está bajo nivel.

–¿Y de ahí? Tenemos herramientas, podemos cavar un túnel.

–¿Y la de carga? –preguntó el Cibernético.

–Inundada –explicó lacónicamente el Ingeniero–. Le eché una mirada a la cámara de inspección. Debió haberse roto alguno de los tanques principales; hay por lo menos dos metros de agua. Seguro que contaminada.

–¿Cómo lo sabés?

–Porque siempre pasa eso. La refrigeración del reactor es lo primero que caga; ¿no lo sabías? Mejor olvidate de la escotilla de carga. Tenemos que salir por esta, si...

–Cavamos un túnel –repitió bajito el Coordinador.

–Teóricamente es posible –de improviso el Ingeniero estuvo de acuerdo. Callaron. Se oyeron pasos, cada vez más cercanos, en el corredor, debajo de ellos, hubo luz; entrecerraron los ojos lastimados.

–Jamón, galletas, lengüitas o lo que haya en esa lata, ¡todo de las provisiones de emergencia! Acá hay chocolate, y acá unos termos. ¡A ver si suben, che! –el Doctor se dirigió a los otros, el primero en trepar a la tapa. Los iluminó con la linterna cuando entraban a la cámara y acomodaban las latas. También habían traído platos de aluminio.

Comían en silencio a la luz de la linterna.

–¿Los termos están enteros? –de pronto se sorprendió el Cibernético. Se estaba sirviendo café en un jarro.

–Es raro, pero sí. Las conservas tampoco están mal. Pero la cámara frigorífica, las heladeras, los hornos, el sintetizador chico, los aparatos purificadores, los filtros de agua: todo hecho pelota.

–¿Los aparatos purificadores también? –se inquietó el Cibernético.

–También. A lo mejor se podrían arreglar, si tuviéramos con qué. Pero es un círculo vicioso; para poner en marcha aunque fuera el más simple de los semiautomatas reparadores, necesitamos electricidad, para tener electricidad hay que arreglar el agregado, y para eso, de vuelta, necesitamos un semiautomata.

–¿Ya se pusieron de acuerdo, estudiosos de la técnica? ¿Y? ¿Dónde hay un cachito de esperanza? –preguntó el Doctor, untando generosamente con manteca las galletas y poniéndoles encima tajadas de jamón. Sin esperar respuesta, continuó:

–Siendo pibe debo haber leído más libros de cosmonáutica de lo que pesa nuestra difunta nave, sin embargo, no encontré ni un relato, ninguna historia, ninguna anécdota ni siquiera apenas parecida a lo que nos pasó. ¿Por qué? ¡Ni idea!

–Porque es aburrido –aclaró, con intención burlona, el Cibernético.

–Sí, es algo nuevo. Un Robinson interplanetario –dijo el Doctor. Cerraba el termo–. Cuando vuelva, voy a tratar de escribirlo, si el talento me acompaña.

De pronto se hizo silencio. Juntaban las latas, hasta que al Físico se le ocurrió que las guardaran en el armario de las escafandras, por lo tanto, se corrieron hacia la pared, porque de otro modo era imposible abrir la puerta en el piso.

–¿Saben qué?, oímos unos sonidos raros, cuando revolvíamos en el depósito –dijo el Químico.

–¿Qué sonidos?

–Unos gemidos y chasquidos, como si aplastaran algo.

–¿Te parece que se nos vino encima una roca? –preguntó el Cibernético.

–Algo muy distinto –intervino el Ingeniero–. El revestimiento exterior, al entrar a la atmósfera, alcanzó una temperatura muy alta, el de proa a lo mejor hasta empezó a fundirse, y ahora las partes de la construcción se enfrían, se desplazan, aparecen tensiones internas, y de ahí los sonidos. Oh, ahora también se oye, escuchen...

Callaron. Solo los rostros estaban iluminados por la linterna, que habían dejado sobre el volante chato, sobre la escotilla. En el interior de la nave se oyó un gemido prolongado, una serie de chasquidos breves, cada vez más débiles, y luego silencio.

–¿Podría ser uno de los autómatas? –dijo el Cibernético, con esperanza en la voz.

–Pero si vos los viste.

–Sí, pero no miramos dentro de la escotilla de reservas.

El Cibernético se asomó hacia la oscuridad del corredor, y parándose en el borde de la tapa, gritó:

–¡¡Autómatas de reserva!!

La voz resonó en el recinto cerrado. Le contestó el silencio.

–Vení para acá, estudiemos a fondo la cámara de inspección –dijo el Ingeniero.

Se arrodilló ante la tapa ligeramente hundida, y acercando los ojos a los bordes, los iluminó centímetro a centímetro. Recorría con la mancha de luz las juntas, marcadas por una diminuta redécita de rajaduras.

–Desde adentro, nada fundido; bueno, no es raro, el cerámico es muy mal conductor del calor.

–¿Y si lo intentamos otra vez? –propuso el Doctor, poniendo la mano sobre la manivela.

–No tiene sentido –protestó el Químico.

El Ingeniero puso la palma sobre la tapa y se levantó de un salto.

–¡Chicos, necesitamos agua! ¡Mucha agua fría!

–¿Para qué?

–Toquen la tapa; ¡caliente!, ¡¿no?!

La tocaron varias manos extendidas al unísono.

–Casi quema –dijo alguien.

–¡Tenemos suerte!

–¿Eh?

–El casco está caliente, se dilató, y la tapa también. Si enfriamos la tapa, se contrae y vamos a poder abrirla.

–Agua, no basta. Quizá con hielo. En las cámaras frigoríficas tiene que haber –dijo el Coordinador.

Uno tras otro fueron saltando al fondo del corredor, que se llenó con ecos de pasos corriendo.

El Coordinador se quedó con el Ingeniero junto a la escotilla.

–Va a zafar –dijo en voz baja, como hablando consigo mismo.

–Si no se fundió –masculló el Ingeniero. Con las manos extendidas recorría el borde, estudiando su temperatura–. El cerámico comienza a fluir a más de tres mil setecientos grados. ¿No te fijaste a cuánto estaba al final el revestimiento?

–Al final todos los relojes mostraban fechas del año pasado. Cuando nos detuvimos con los frenos, había más de dos y medio, me parece.

–¡Dos mil quinientos grados no es la gran cosa!

–Sí, ¡pero después!

Cerquita de la tapa volcada en horizontal apareció el sudoroso rostro del Químico. Tenía la linterna abrochada en el cuello, se balanceaba, el resplandor saltaba sobre pedazos de hielo, que asomaban de un balde. Se lo alcanzó al Coordinador.

–Pará... cómo vamos a enfriar... –se inquietó el Ingeniero–. Momento.

Desapareció en la oscuridad. Volvieron a oírse pasos. El Doctor trajo dos baldes de agua, en la cual flotaba hielo. El Químico iluminaba, el Doctor y el Físico comenzaron a verter agua sobre la tapa. Se escurría al piso, al corredor. Cuando mojaron la tapa por décima vez, les pareció oír algo –un muy débil crujidito–. Dieron un grito de alegría. Apareció el Ingeniero. Traía un buen reflector para escafandra, sujeto a la altura del pecho con cinta adhesiva. Daba buena

luz. El Ingeniero tiró al piso brazadas de placas de plástico, de la sala de control. Comenzaron a rodear prolijamente la tapa con bloquitos y granizadas de hielo, apretándolo con plástico, almohadas inflables, libros, que entretanto iba trayendo el Físico; al fin, cuando ya apenas podían enderezarse, y de la pared de hielo había quedado poco y nada, tal era la velocidad a la que se fundía al contacto de la tapa recalentada, el Cibernético tomó la manivela con ambas manos e intentó girarla.

–¡Pará, todavía no! –gritó enojado el Ingeniero, pero la manivela giró con sorprendente facilidad. Todos saltaron. Giraba cada vez más rápido. El Ingeniero agarró el centro del mango que aseguraba la tapa de la triple tranca, tironeó, se oyó un sonido como de vidrio grueso rompiéndose y la escotilla los empujó, primero suave, de pronto golpeó a los más próximos, y de la oscura sima con estruendo se desplomó un alud negro, enterrando hasta las rodillas a los que estaban enfrente. El Químico y el Coordinador, que estaban más cerca, fueron arrojados a los costados. La tapa apretó al Químico contra la pared lateral de un modo tal que no podía moverse, pero no le hizo daño. El Coordinador apenas llegó a saltar a último momento, casi haciendo caer al Doctor. Quedaron inmóviles. La linterna del Doctor, sepultada, se había apagado, lo único que alumbraba era el reflector sobre el pecho del Ingeniero.

–¿Qué es eso? –dijo el Cibernético, con una voz que no parecía la suya. Estaba parado detrás de todos, el último, en el borde de la pequeña plataforma.

–Una muestra del planeta Edén –respondió el Coordinador. Ayudó al Químico a salir de debajo de la tapa, torcida hacia el costado.

–Sí –agregó el Ingeniero–, toda la escotilla está llena de tierra, ¡parece que nos metimos en el suelo con todo!

–Es el primer aterrizaje BAJO la superficie de un planeta desconocido, ¿no es cierto? –preguntó el Doctor. De pronto todos

comenzaron a reírse. El Cibernético con tanta fuerza que los ojos se le llenaron de lágrimas.

–¡Basta! –gritó duramente el Coordinador–. No vamos a seguir parados hasta la mañana. A buscar las herramientas, che, tenemos que cavar.

El Químico se agachó y levantó un pesado bloque compacto del montículo que había crecido en el suelo, delante de la escotilla. El boquete oval estaba tapado con una tierra que cada tanto brillaba como grasosa, terrones negruzcos rodaban hasta el corredor por la superficie del pequeño montículo.

Retrocedieron hasta allí, porque en la plataforma ya no había lugar ni para sentarse. El Coordinador y el Ingeniero fueron los últimos en saltar.

–¿Qué tanto nos habremos enterrado? –el Coordinador le preguntó a media voz al Ingeniero. Caminaban juntos por el corredor. Lejos, delante de ellos, clareaba una mancha de luz que se deslizaba rápida. El Ingeniero le dio el reflector al Químico.

–¿A cuánta profundidad...? Eso depende de demasiados factores. Tagerssen se incrustó en el suelo unos ochenta metros.

–¡Sí, pero qué quedó de él y del cohete!

–¿Y esa sonda de la Luna? Tuvieron que romper roca para entrar, para desenterrarlo. ¡En la roca!

–En la Luna hay pómez...

–¿Y qué sabemos lo que hay acá?

–Pero si lo viste. Parece marga.

–Justo en la escotilla, ¿y más allá?

La cuestión de las herramientas se veía muy mal. La nave, como todas las que realizaban viajes largos, a bordo tenía un doble juego de autómatas y semiautómatas teleguiados, para todo tipo de tareas, incluidas las de superficie, que pudieran exigir las diversas condiciones planetarias. Pero esos dispositivos no funcionaban, y sin electricidad no se podía ni pensar en ponerlos en marcha, la única unidad de cierto tamaño de la

que no obstante disponían –una pala mecánica propulsada por una micropila atómica– también necesitaba electricidad para el arranque. Se hizo necesario preparar herramientas del todo primitivas, palas y picos. Eso también acarreó enormes dificultades. Después de sudar cinco horas, la tripulación volvía por el corredor hacia la esclusa, llevando tres zapines aplastados y con la punta doblada, dos barras de acero y arrastrando unas chapas grandes, que debían servir para reforzar las paredes de la excavación. Además de baldes, para llevar tierra acondicionaron varias cajas de plástico grandes, instalándoles como manijas a ambos lados unos caños de aluminio cortos.

Habían pasado tres cuartos del día de la catástrofe y todos se desplomaban de cansancio. El Doctor decidió que debían dormir, aunque fuera unas horas. Pero primero había que preparar alguna clase de camastros, algo provisorio, porque las cuchetas de los dormitorios, fijadas al piso, ahora estaban verticales. Destornillarlas supondría demasiado trabajo, por lo tanto, arrastraron a la biblioteca –habían sacado casi la mitad de los libros llevándolos al corredor– unos colchones inflables y se acostaron uno junto a otro.

Al poco rato se comprobó que salvo el Químico y el Ingeniero nadie podía dormir. Por lo tanto, el Doctor volvió a levantarse y fue a buscar somníferos. Le llevó casi una hora, porque tuvo que abrirse camino hacia la enfermería, a través de su antesala abarrotada con pilas de aparatos y recipientes destrozados. Habían caído de los armarios empotrados y bloqueaban el acceso a la puerta. Al final –su reloj pulsera marcaba las cuatro de la madrugada del tiempo de a bordo–, los comprimidos fueron repartidos, la lámpara apagada, y en breve unas respiraciones inquietas llenaron el recinto oscuro.

Se despertaron sorprendentemente rápido, casi todos, excepto el Cibernético, quien había ingerido una dosis excesiva de somníferos y estaba como ebrio. El Ingeniero volvió a quejarse de un agudo dolor en el hombro. El Doctor descubrió una dolorosa hinchazón,

era probable que el Ingeniero se hubiera esguinzado cuando estuvieron forcejeando con las palancas de la escotilla.

El estado de ánimo era lúgubre. Nadie hablaba, ni siquiera el Doctor. No podían llegar hasta las provisiones que tenían cerca de la escotilla, porque sobre la puerta del armario de las escafandras había un enorme montículo de tierra, por lo tanto –una vez más– el Físico y el Químico fueron al depósito de la cocina, de donde volvieron con latas de conservas. Eran las nueve cuando comenzaron a cavar el túnel.

Los trabajos avanzaban a paso de tortuga. No era fácil tomar impulso en la abertura oval de la escotilla, los hombres picoteaban con los zapines los compactos terrones, y los de atrás los llevaban al corredor. Después de pensarlo decidieron tirar la tierra a la cabina de navegación, porque estaba cerca y no tenía nada que pudiera resultarles útil en el futuro cercano.

Después de cuatro horas la sala de navegación estaba llena de tierra hasta la altura de las rodillas, y el túnel tenía apenas dos metros de largo. La marga era compacta, no tanto dura, pero los filos de las barras y los zapines se atoraban en ella, y los cabos de metal, apretados con demasiada violencia por los hombres, se doblaban –la mejor herramienta resultó un zapín de acero manejado por el Coordinador–.

El Ingeniero se inquietaba, si acaso el techo de tierra comenzara a ceder, y cuidaba sobre todo que el sellado fuera prolijo. Hacia el anochecer, cuando enchastrados de arcilla se sentaron a comer, el túnel –que se empinaba desde la tapa hacia arriba, con un ángulo de casi setenta grados– se había internado en la tierra apenas cinco metros y medio. El Ingeniero miró una vez más dentro de la cámara de inspección, a través de la cual se podía llegar a un nivel más abajo, donde a treinta metros hacia la popa –desde la escotilla principal– en el blindaje se encontraba la escotilla de carga, pero solo vio un negro espejo de agua; estaba más alta que el día anterior, por lo visto seguía

habiendo algún tanque que perdía, y su contenido se vertía lentamente. El agua –lo descubrió enseguida con un pequeño contador geiger– estaba contaminada, por lo tanto cerró la cámara herméticamente y volvió con sus compañeros, sin decir nada sobre lo que había descubierto.

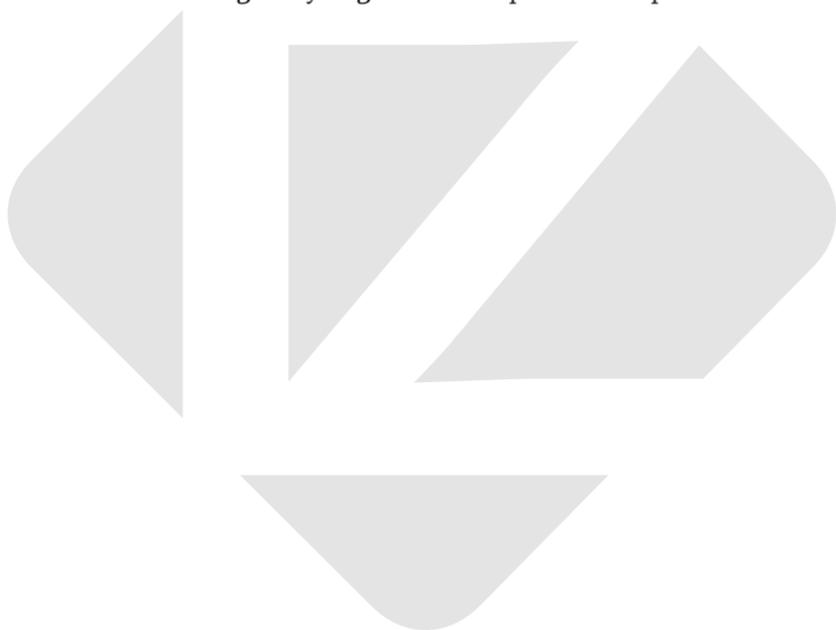
–Si la cosa va bien, salimos mañana; si va peor, dentro de dos días –afirmó el Cibernético, bebiendo el tercer jarro de café. Todos bebían mucho.

–¿Cómo lo sabés? –se asombró el Ingeniero.

–Lo presiento.

–Él lo intuye, lo que no hacen sus autómatas –el Doctor se rió. A medida que transcurría la jornada, su humor mejoraba. Cuando otros lo remplazaban en el frente de la excavación, corría a los compartimentos de la nave y así aumentó los recursos con dos linternas magnetoeléctricas, una máquina para cortar el pelo, chocolate vitaminizado y toda una pila de toallas. Todos estaban enchastrados de arcilla, los overoles estaban manchados y chorreados, no se afeitaban, por supuesto, por falta de electricidad, y despreciaron la máquina del pelo que había traído el Doctor. Por otra parte, él tampoco la usó. Pasaron todo el día siguiente cavando el túnel; la sala de navegación se llenó de tierra tanto que ya era difícil arrojar más desde la puerta. Llegó el turno de la biblioteca. En cuanto a eso, el Doctor tuvo sus dudas, pero el Químico –con el cual acarreaba una chapa cargada– sin vacilar arrojó la marga sobre los libros. El túnel se abrió inesperadamente. Por cierto, desde cierto tiempo la tierra estaba cada vez más seca y como menos compacta, pero esa observación del Físico no había sido corroborada por los demás. La marga llevada al interior del cohete les parecía siempre igual. El recambio del equipo excavador, el Ingeniero y el Coordinador, justo se habían hecho cargo de las herramientas, recalentadas por las manos, y habían dado los primeros golpes a los bloques que sobresalían de la pared deforme, cuando de repente una de ellas desapareció, y por la abertura fluyó

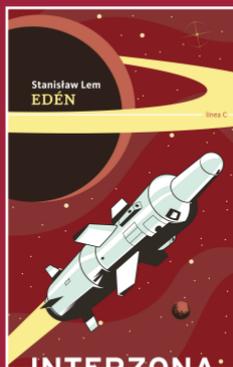
un ligero soplo de aire. Se sintió como un impulso suave –la presión del exterior era un tanto más elevada que en el túnel, y por lo tanto, también en el cohete–. El zapín y la barra de acero comenzaron a trabajar febrilmente, ya nadie sacaba la tierra, el resto de la tripulación, sin poder ayudar a los de adelante, ya que no había suficiente lugar, se quedaron juntos, parados atrás. Después de los últimos golpes el Ingeniero quiso salir al exterior, pero el Coordinador lo detuvo. Primero quería ensanchar la salida. También ordenó que llevaran la última carga de tierra al interior del cohete, para que no hubiera obstáculos en el túnel, por lo cual todavía pasó una docena de minutos antes de que seis hombres se arrastraran a través de una abertura irregular y llegaran a la superficie del planeta.



¿Te gusta el libro que empezaste a leer?  
¿Querés saber cómo sigue?

Conseguilo en [interzonaeditora.com](http://interzonaeditora.com)  
y en las mejores librerías.

¡Gracias por leer!



**COMPRAR LIBRO**

**interZona** es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

**INTERZONA**